

CORREO CONSTITUCIONAL,
LITERARIO, POLITICO Y MERCANTIL
DE PALMA.

S. Juan Licio, y S. Serápio mártir.

Ha salido el sol á las 7 horas y 5 minutos. Y se pondrá á las 5 y 55 minutos.

CORTES.

Sesion del 13 de octubre.

Abierta á las once menos cuarto, y leida y aprobada el acta de la anterior, entró á jurar y tomó asiento el señor diputado suplente por Cuenca.

El señor Lagraba presentó una esposicion de varios capellanes castrenses, que manifiestan su agradecimiento á las cortes por varios de sus decretos. = Enteradas.

El señor secretario de hacienda remite una esposicion de la junta apostolica, en que manifestando el atraso de 37 millones, con que se halla el clero, y la dificultad de pagarlo, pide se tenga en consideracion cuando se trate del asunto. La secretaria manifestó que ya se había tomado en una de las sesiones extraordinarias resolucion sobre este negocio.

El señor ministro interino de la guerra remite la sumaria, formada con motivo de las ocurrencias que hubo en el cuartel de guardias de la real persona en la noche del 8 al 9 de julio, acompañada de varios pareceres ó consultas sobre el tribunal á donde debe pasar, opinando el gobierno que debe seguir sus tramites, con arreglo á la ordenanza del año de 79. = A la comision de guerra.

Varios individuos de la universidad de Alcalá solicitan que se les admitan en descuento de años los cursos de estudios de constitucion. = A instruccion pública.

El ayuntamiento y alcalde constitucional de Torrejon de Ardoz se quejan del gefe político de Madrid, por haber quitado á Francisco Lopez, escribano nombrado por unanimidad de votos de aquel ayuntamiento, y haber puesto en su lugar á N. Hoyo. = A infracciones.

El gefe político de la provincia de Salamanca felicita á las Cortes por los decretos sobre regulares y otros. = Oido con agrado.

El señor presidente nombró los señores que debian reemplazarle en las comisiones que tenia.

Se presentó el presupuesto de hacienda reformado por la comision, y se aprobaron sucesivamente los gastos siguientes: para la secretaria del

despacho de hacienda de la península, 913,000 reales: para la de Ultramar, cuya palabra se substituyó á peticion del señor Cortazar, á la de Indias, 344,380: para tesorería general 1,334,000: para la ordenacion de cuentas 431,800: para el giro nacional 223,500: para la comision civil 175,820, idem de empréstitos 31,000: factoria de beneficios 46,845: para contaduría mayor de cuentas 1,343,000: idem de distribucion 338,500: idem para la de valores 289,500: liquidacion de provisiones 100,240: para la de Ultramar 244,000: los gastos imprevistos y deuda de Holanda estaban ya aprobados: para cesantes se aprobaron 7,076,715: para presidarios y desterrados 5 millones; limosnas no se admitieron; para pensiones, despues de alguna discusion, se aprobaron 6 millones; igualmente se aprobaron los presupuestos para los empleados cesantes excepto los del ministerio de seguridad pública: y por fin quedó aprobado el presupuesto del ramo de loterias que se presentó por menor.

Proposicion de los señores Desprat, Ramonet y otros varios: "como nos faltan 200 millones para cubrir el deficit que nos resulta, pues deben considerarse como inciertas, por el deplorable estado en que se hallan; y como se ha dicho que circunstancias imprevistas pudieran impedir que el empréstito tuviese efecto, pedimos se nombre una comision que presente á la deliberacion de las Cortes, antes de concluirse la presente legislatura, recursos efectivos y prontos, que puedan cubrir el deficit que en tal caso resultaría. Fue discutida la proposicion por los señores Ramonet, Salvador, Marin Tauste, Romero Alpuente y Sierra Pambley, sosteniéndola este último con tanto mayor vigor, cnanto que en su dictámen, aun despues de cubierto el deficit á que se aplica el empréstito todavía nos quedará otro sumamente considerable; en comprobacion de lo cual dijo, que el presupuesto de la guerra se contaba con 15 millones de arbitrios que ya no existen, y es preciso reemplazar: que en las aduanas debia bajar una tercera parte el producto, por las razones que espresa: en las rentas estancadas, mediante el desestanco acordado ultimamente, debia haber una baja de mas

de 60 millones; y que 40500 hombres de milicias, que se habian puesto sobre las armas, costarian lo menos 6 millones; á que agregando 21 millones para pagar los téditos del primer plazo del empréstito, ascenderia el importe de las referidas partidas á 284 millones. El señor Martinez de la Rosa contestó contradiciendo la proposicion presentada, por varias razones, entre otras por parecer dirigida á exigir nuevas seguridades de los prestamistas, y esto al dia siguiente de haberse cerrado el contrato.

(Se concluirá.)

Madrid 25 de octubre.

Hay ciertos políticos histéricos, que semejantes á las mugeres atacadas de este mal, á quienes asusta y pone á la muerte el crugido de una puerta ó á la carrera de un raton, temen de tal manera al mas insignificante movimiento militar, que no solo les aterra la formacion de un campamento, sino el refuerzo de una guarnicion, y aun una simple revista. Estas buenas gentes andan de algun tiempo á esta parte contando los batallones de que consta el campamento de Pest, reuniendo en otros cerca de munich y de Turnout millaradas de combatientes, y haciendo á gruesas columnas atravesar los Alpes, y componer un ejército formidable sobre las orillas del Pó. Ya este ejército invade los estados pontíficos; ya amenaza á los napolitanos; ya una escuadra inglesa, y acaso otra rusa, se preparan á poner en razon á los habitantes de las faldas del Elna, como los austriacos y bavaros á los de las faldas del Vesubio; ya se aprestan grandes armamentos ingleses dirigidos contra las playas lusitanas; ya en fin la santa alianza se conjura contra las libertades de los pueblos, y pone en ejecucion los planes trnebrosos, adoptados en esos congresos, que de seis años á esta parte han dado banquetes á los diplomáticos, y hecho temer á las naciones el retroceso de las luces y de la civilizacion. Gentes que conocen poco los intereses de la política, y aun las relaciones geográficas, hacen de estos temores el texto de interminables comentarios, y mantienen difundiendo una inquietud exagerada, que se propaga á todas las clases, y que es por lo tanto muy urgente desvanecer.

El hecho mas importante en que se apoyan tales recelos, es el movimiento de tropas austriacas que se ha verificado sobre la Italia. Este movimiento ha coincidido á la verdad con haber rehusado algunas córtes de Europa admitir á los nuevos embajadores del rey de Nápoles; pero estas circunstancias, que juntas con las notas misteriosas y

enfaticas de algunos gabinetes, y con las proyectadas entrevistas de algunos príncipes, podrian en otra ocasion dar margen á conjeturas tristes, no nos parecen dignas de inspirar la menor inquietud en la situacion actual de la Europa.

Todos saben que el reino lombardo-veneto, que compuesto de los estados de la antigua república de Venecia y de una parte de la Lombardía, se halla hoy bajo la soberania de la casa de Austria, formaba siete años ha la mayor parte de lo que se llamaba *reino de Italia*, cuya corona ceñia las sienas del hombre extraordinario, que mandaba desde Dantzic hasta Ragusa. Todos saben igualmente que aquella hermosa monarquía gozaba de instituciones, que aunque no perfectamente liberales, lo heran muchísimo, en comparacion de las que antes de su formacion regian á los diferentes estados de que ella se compuso. Los venecianos, víctimas de la aristocracia mas tiránica que existió jamas, y los lombardos, sujetos por espacio de cerca de un siglo á un reigmen casi colonial, no podian menos de ganar en las vicisitudes que los reunieron en un solo estado, y sobre todo cuando su administracion fué confiada á los cuidados paternales de un virey ilustrado, tan propio para las tareas del gobierno como para las artes de la milicia: así los italianos, participantes en la guerra de la Francia, gozaban en la paz los beneficios de una administracion vigorosa, y se creian llamados á figurar algun dia entre las naciones independientes. La ereccion del reino lombardo-veneto frustró en parte estas esperanzas, y el cambio de las instituciones sembró en aquel rico pais un disgusto, que los militares italianos que habian vuelto á sus casas, no contribuyeron poco á mantener.

Esta situacion era infinitamente precaria, y el Austria no dejaba de conocerlo; pero sus dominios de Italia no estaban ya como en otro tiempo separados de sus estados hereditarios, pues la adquisicion del territorio veneciano les habia dado una apreciable contiguidad. Las relaciones del imperio austriaco con la Baviera, la Suiza, el Piamonte y el territorio pontificio lo tranquilizaban por otra parte; de manera que en tanto que estos estados permaneciesen tranquilos, nada debia temer el Austria, qualquiera que fuese la disposicion de sus súbditos italianos. Pero no sucedió así, desde que en una ciudad casi arruinada del principado ulterior en Nápoles, se levantó de repente el grito de libertad, que el éco llevó en bre-

ve á las playas del Adriático y hasta las cavernas de los Alpes. Almas generosas, que en otro tiempo dieron algunos pasos ácia la libertad, y á quienes se habia obligado á retroceder en tan hermosa carrera, se sintieron de repente conmovidas, al ver á los habitantes de la estremidad inferior de la península sacudir el oprobioso yugo que pesára sobre sus cuellos. La conmosion que este gran suceso habia producido en el norte de Italia, se sintió luego en las orillas del Danubio, y la córte de Viena empezó á tomar las medidas que estimó propias para tranquilizarse, y evitar que se propagase el incendio. En el número de éstas entraron la prohibicion de ciertas asociaciones, la multiplicacion de las precauciones de policía, y como medió de que estas disposiciones surtiesen todo su efecto, se envió á aquel país un ejército, que acantonándose por de pronto, se ha repartido despues segun noticias en las ciudades y plazas del reino.

Ni podia el Austria tener otra conducta. No parecia decente ni era político enviar 40 ó 50,000 hombres al reino lombardo-veneto, para amenazar á los habitantes con tan vastos medios de represion: era menester dar á este movimiento otra apariencia, y esta era la de dirigirse contra Napoles, á pretesto de que el rey habia sido violentado por una faccion. El gabinete de Austria conocia muy bien la ridiculez de este pretesto; pero cualquiera era bueno, con tal que consiguiese tener á raya á sus súbditos italianos. La aparicion de sus tropas sobre el Pó, podia ademas proporcionar la ventaja de ofrecer un punto de apoyo á los napolitanos disidentes, si los habia, y facilitar que se ahogasen los sentimientos liberales manifestados en la parte meridional. Si el aspecto que presentasen los acontecimientos proporcionaba medios para realizar estos designios, habia un triunfo que cantar, y un motivo para que los escritores ministeriales preconizasen la *prevision del gobierno, la legitimidad y el derecho divino de los reyes*. Si los napolitanos unidos tomaban la actitud vigorosa que les convenia, el Austria habria logrado siempre conservar en sus dominios italianos su poder absoluto, y en este caso los escritores del gobierno tendrian que alabar la noble firmeza, con que los habia preservado del *contagio de las doctrinas liberales, enemigas de la gloria de los tronos y del reposo de los pueblos*. Los movimientos de tropas austriacas sobre Italia no tenian pues miras hostiles determinadas, co-

mo se ha querido suponer: tenian solo miras diplomáticas, es decir, se hacian con la intencion de sacar con arreglo á las ocurrencias, todas las ventajas que se pudiesen de ellas, estando tan dispuesto el gabinete austriaco á que el general Frimont plantase las águilas imperiales sobre las torres de Partenope, como ha hacer partir al príncipe de Metternich á felicitar en persona á Fernando 1.^o por su adhesion al sistema constitucional.

De este sistema era una consecuencia inmediata la conducta que tuvieron las córtes de Viena y de San Petersburgo, rehusando recibir á los agentes diplomáticos del rey constitucional de Nápoles, en lo cual no se proponian verosimilmente otro objeto entrambas córtes, que el de observar, y ganar tiempo. No era conforme ciertamente á los intereses del poder absoluto, que el egeemplo glorioso que dió en marzo la España, se imitase á los pocos meses en la estremidad de la Italia; y el buen éxito de las tentativas generosas de los pueblos para recobrar la libertad de que fueran despojados en tiempos de ignorancia y de desorden, era por otra parte un estímulo poderoso para repetir estas tentativas, que mas tarde ó mas temprano levantarán los altares de la libertad sobre las ruinas del despotismo. Mirando cundir como un contagio el noble espíritu de independencia, y sabiendo que no hay poder humano que baste á oponer un diqué á este torrente, ¿qué partido quedaba á los gobiernos absolutos, sino el de las tergiversaciones y los subterfugios de la diplomácia? Viendo desbaratados los planes que se habian formado durante seis años para sofocar el instinto generoso de la libertad ¿no era necesario tomarse tiempo para formar otros nuevos, reservando para la última estremidad el reconocer las mudanzas que no estaba en su mano el impedir? Existiendo el pretesto ostensible de que las mejoras hechas en la constitucion de los pueblos podian ser obra de un ejército estraviado, ó de una faccion ansiosa de mando y de riquezas ¿era natural que los gobiernos absolutos se privasen de las ventajas que podian sacar acreditando esta idea, y que renunciasen de repente al proyecto de restablecer la obediencia pasiva, que sin adivinarse el motivo, lisongea tanto á los que mandan?

Pero estas consideraciones que debian influir en la conducta de algunos gabinetes, y hacerles adoptar medidas de indecision y de desconfianza, no debian amedrentar á los

pueblos, ni aun inspirarles la mas ligera inquietud. Es facil que algunas potencias se combinen ó se pongan de acuerdo para reprimir por medio de una policia inquisitorial la manifestacion del pensamiento, y contener y aun contrariar la tendencia de la generacion presente á la mejora de las instituciones; pero no lo es el reunir, y mucho ménos el mantener ejércitos para invadir un territorio defendido por hombres libres. Toda la Europa se estrelló delante del valor francés, cuando éste se armó del entusiasmo de la libertad para defender su territorio; y los discípulos de Federico el grande, cubierto cien veces de los laureles de la victoria, fueron á perder su alta reputacion militar delante de franceses bisonos, que corrian al fuego, cantando el himno de los marseleses. Pero ¿á que ir tan lejos? el poder mas colosal, despues del imperio romano habia conocido el orbe, ese poder que acataban en las orillas del Niemen y en las del Danubio los dos príncipes mas poderosos de la Europa continental ¿no desapareció como el humo á impulsos del valor español? Y ¿quien seria el que con tan costosas lecciones se atreviese de nuevo á atacar á un pueblo, armado en defensa de sus leyes? ¿Cómo, por contraernos de nuevo al Austria, perderia esta potencia la memoria de los reverses y de las humillaciones que sufrió durante veinte años, por querer contrariar la marcha de la revolucion francesa, que siempre miró con horror?

Supongamos sin embargo, que engreida con el feliz resultado que en 1813 obtuvo de las combinaciones de su política, y mas aun con las ventajas que logró en 1815 sobre esos mismos napolitanos, á quienes hoy amenaza, quisiese de nuevo entrar en la lid. ¿Dejaria á sus espaldas una poblacion italiana de cuatro millones, ansiosa de sacudir el yugo? ¿Olvidaria que cuando en 1815 invadia el farsante Murad los estados pontificios, se le aclamaba en aquella península *Joaquin el itálico*? Esta dominacion, dada á un hombre á quien no amaban los italianos, prueba cual era el voto de aquellos pueblos por el recobro de las instituciones perdidas, y su deseo de no ser por mas tiempo colonias de ningun estado transalpino. Este deseo se ha aumentado en la parte septentrional de Italia en los cinco años que han transcurrido, y esto en tanto que los habitantes de la parte meridional han dejado de ser lo que eran en 1815, pues hoy tie-

nen patria, un monarca independiente y unas instituciones que pueden hacer su prosperidad y su gloria. Así, ni era presumible que los austriacos atacasen á los napolitanos, ni atacandolos, era verosimil que lograsen sofocar el voto nacional. Por consiguiente toda inquietud en esta parte parecia desnuda de fundamento.

Pero fuese legítima en punto bueno, tuviesen en buen hora los napolitanos, poderosos motivos de temer una agresion de parte del Austria: ¿por qué combinacion singular se podia hacer estensivo á la España este peligro? ¿quién podia venir á atacarnos? ¿como cupo en ninguna cabeza que influyese en nuestra suerte, ni turbasen la marcha de nuestro alzamiento las intenciones siniestras, que se divisaban por entre los estudiados circunloquios de ciertas notas diplomáticas? ¿por donde vendrian los ejércitos, destinados á llevar al cabo agresion? ¿qué número de hombres seria necesario para que de 400, 500 y mas leguas de distancia, llegasen aquí los bastantes para componer un ejército respetable? ¿quién por otra parte les franquearia el paso? El temor de ver amenazadas nuestras nuevas instituciones por el Austria ó por la Rusia era pues tan ridículo, que no merecia ser refutado; y nosotros no habríamos pensado en ello, á no haberlo visto difundido entre algunas personas sesudas aunque timidas.

¿Qué es pues lo que queda que hacer á nuestra nacion? Observar atentamente á aquellas de quienes sospeche que pueden maquinan contra sus instituciones; mirar tranquilamente el que en sus notas y conferencias apuren los políticos las arterias y los embolismos de su profesion; y cierta de que los planes para domeñar á los pueblos se desharán en cuanto salgan al aire de la libertad, seguir el camino que le señala la sabiduria; consultar para su felicidad los oráculos de la esperiencia, de la razon y de la justicia, establecer los principios seguros de la ciencia del gobierno sobre la incertidumbre del empirismo y de la rutina; desconfiar de las teorías deslumbradoras, y no hacer ensayos, á costa quizá de la suerte de una generacion; cerrar los ojos á las ilusiones del amor propio y los oidos á los gritos del interés; temer á quien la adula, estimar á quien la desengaña, y no hacer depender su ventura de consideraciones mezquinas y de mirars estrechas ó apasionadas.

(Miscelanea.)